



Sala del «Café Cantante».

Un café cantante, ¿sin sevillanas!

ASENSIO SAEZ

CON las fiestas del Rosario, el café cantante, caseta ferrial de conseguido ambiente novecentista, estrenadas en las pasadas jornadas del Festival Nacional del Cante de las Minas, abre de nuevo sus puertas.

Feliz decisión la de la junta del Certamen Minero, ayer, y de la Comisión de Festejos patronales, ahora, al ofrecer a La Unión, gozosamente resucitada, una notable muestra de lo que allá por los lejanos días de la «Nueva California», constituyó un peculiar marchamo en la vida de la ciudad minera.

Pues bueno, tome usted nota: durante los días en que el café cantante permaneció abierto, en su «tabla» no se bailaron sevillanas.

—No me lo puedo creer, oiga.

—El Evangelio, amigo.

—Atrasadillos andan ustedes. Aquí, mi señora, sin ir más lejos, las baila que es una gozada, en plan Gunilla pero en obeso.

Verdad es que el café cantante de La Unión, durante los días que abrió sus puertas con motivo de la celebración del Festival Minero, no se bailaron sevillanas, inevitables en otros medios, todos lo sabemos. Si usted llega a Zaragoza, no espere ser recibido a los sonos de una jota,

siquiera sea la de «Gigantes y cabezudos», sino a los de unas sevillanas rocieras. Si usted decide darse una vuelta por Pontevedra, no sueñe con el delicioso ritmo de una pandeirada sino con el de «¡Viva Sevilla y olé, viva Triana!». Dicen que un obispo en un reciente entierro de muchas campanillas, a la hora de la oración fúnebre no se arrancó por enjundias latinas o gregoriano gorigori sino por dos versos de sevillanas, a saber: «Algo se muere en el alma cuando un amigo se va...». Sea así si así se quiere y acéptese de buen grado el musical fenómeno, en contra del cual no existe antídoto, receta o contraveneno que valga.

Decíamos. Que La Unión fue adicta a la convocatoria del café cantante lo demuestra el crecido número de estos recintos más o menos flamencones con que llegó a contar la ciudad. Tome usted nota de los más populares: el de La Aurora en la plaza de los Benzales, el Trianón en la calle de la Uva, el de Las Bombas en la calle de los Morenos, el del señor Diego en la calle Real, el de la Parra en el barrio del Descargador, el de José María en la calle Mayor, etc.

Corrían vinos y aguardientes, y, a veces, cuando la fiebre provocada por la «lágua» un tantico recargada o el duende

fogoso y español de una hembra «cantaora» o «bailaora» hacía ganar en grados la temperatura de la sala, acababa por sonar el pistoletazo o por abrirse el blanco relámpago de la navaja de Albacete.

Ahora, de nuevo, las fiestas dedicadas a Nuestra Señora del Rosario, Patrona de la ciudad, motivan de nuevo la apertura del café cantante, con su «tabla», sus espejos, sus abanicos pericones, su cartel de Anís del Mono pintado por Casas, su retrato de Emilia Benito...

—¿La hija del barbero de la calle de la Uva, dice usted?

—La misma. Un cromo, una joya fina, un pirulí de la Habana. ¡Qué voz la suya! Dicen que su colección de mantones de Manila no tenía parangón. Flamencona por los cuatro costados.

—¿Más que la Martirio, oiga usted?

Se asegura que, durante los próximos festejos, bien en caseta rociera, bien en un templete musical de mucho empaque, sí que tendrán ahora cabida los pasos —ciertamente gráciles y siempre atractivos, todo hay que decirlo— de las sevillanas.

—¿Qué me dice usted?

—Lo que usted oye.

—Ya me veo a mi señora en la movida, brazos esculpidos en el aire, mera estatua de Lladro en la «primera» y echando el bofe en la «tercera».



La barra del «Café Cantante».

Era inevitable. Vamos, que se veía venir, aunque tampoco es cosa de rasgarse las vestiduras. Sólo que si vuelve de nuevo a La Unión Nati Mistral va a llevarse una sorpresa, ella que alabó la fidelidad del café cantante unionense a los cánones del más puro y autóctono folklore jondo. En recompensa por los cantes escuchados seguramente, obsequió a quienes quisieron oír

con el genio de su arte irrepetible, ofreciendo unos bellos versos desde el «tabla». Cuando al filo de la madrugada, se despidió, la gran artista proclamó gentilmente:

—Me voy encantada de La Unión, de sus cantes, de sus gentes, pero sobre todo de un hecho insólito: ¡En la Unión no se han bailado sevillanas!

AUTOSERVICIO SANCHEZ

Calle Andrés Pedreño, 46 - La Unión

Angel Sánchez Martínez

Nuestro cordial saludo a clientes y amigos y a todo el vecindario, y los deseos de unas gratas fiestas.